

La ciudad frente al campo

Danilo Cruz Veléz

La ciudad contemporánea, producto del desarrollo del comercio, la industria y la tecnología modernos, ha perdido todo sentido de equilibrio en su relación con la naturaleza, dejando al hombre en la orfandad, despojado de su dimensión originaria y, por ende, desorientado y agobiado por la inestabilidad y el desarraigo. En el ensayo que publicamos a continuación¹, se llama la atención sobre este extrañamiento y se plantea la necesidad de asumir un concepto diferente de lo urbano, para lo cual se toma en consideración, por ejemplo, la noción aristotélica de la ciudad como espacio para la vida mejor.

* * *

... El hombre es por esencia un viviente urbano...

Aristóteles

El verde turbio de la hierba y los árboles
interrumpe con parques los edificios uniformes,
Y en la naturaleza sin encanto, entre la lluvia,
Mira de pronto, penacho de locura, las gaviotas.
Luis Cernuda

AL COMIENZO DE LA *POLITICA* DE ARISTÓTELES se encuentra la famosa definición: "El hombre es por esencia un viviente urbano"^{1A}. En ella Aristóteles determina el ser del hombre, por primera vez en la historia de la filosofía, en el horizonte de la ciudad. Los pensadores griegos anteriores habían considerado al hombre como parte del mundo sensible o del mundo inteligible y, desde Platón, como un habitante de estos dos mundos. De manera que la definición aristotélica ofrece una nueva imagen del hombre. Lo que ella dice es que el hombre, a diferencia del animal, no se reduce a ser un organismo, sino que además trasciende toda vida orgánica para convertirse en un ciudadano.

Pero la definición encierra también una tesis sobre el origen del hombre en cuanto tal. Tácitamente afirma que el hombre se constituye en la ciudad, tomando esta palabra en su sentido más amplio. De lo cual resulta que la ciudad es una condición *a priori* de posibilidad del ser del hombre, y que sin ella el modo de ser del ente peculiar que llamamos hombre es imposible. Para Aristóteles, por tanto, fuera del ámbito urbano el hombre, como es obvio, no sería una pura nada, pero sería de otro modo. Por ello dice más adelante que fuera de la ciudad el hombre podría ser un animal o un dios pero no un hombre².

II TRIMESTRE 1991

Tal prioridad de la ciudad respecto al hombre parece encerrar una contradicción. Si la ciudad es una creación del hombre, ¿cómo va a poder ser anterior a su creador? Aristóteles no pasó por alto esta dificultad; sin embargo, proclama resuelta y claramente dicha prioridad "La ciudad es por esencia anterior a cada uno de nosotros"³.

Es que, a la luz de la concepción aristotélica del ser, la contradicción es sólo aparente. Según Aristóteles, el ser de un ente se constituye en el movimiento; tiene, pues, que pasar durante su génesis por varias fases. La última de ellas es la de la *energeia*, en la cual el ente está ahí frente a nosotros como un *érgon*, es decir, como una obra acabada. La génesis del hombre es semejante, pero el ámbito en que se despliega es la ciudad. De aquí que se pueda decir que, al fundar la ciudad, el hombre establece la condición de posibilidad de su ser. Y, por tanto, que el hombre es anterior a la ciudad, en cuanto es su fundador; pero que la ciudad es anterior al hombre, porque éste sólo en ella puede conquistar su ser pleno.

Aquí ocurre lo mismo que con el lenguaje. El lenguaje es un producto del hombre, pero sin el lenguaje, como sostenía Humboldt, el hombre no podría llegar a ser hombre en sentido estricto. Esto vale también, en general, para las otras ramas de la cultura —la religión, la ciencia, el arte, la economía, la moral, el derecho... Pero respecto a todas ellas, la ciudad es lo fundamental. La ciudad, en efecto, ofrece un campo donde acotar el "recinto sagrado" para los dioses. Es asimismo el lugar del encuentro regular con el tú. De este encuentro salen las relaciones sociales, que hacen necesaria la regulación de la producción, distribución y consumo de los bienes. Las relaciones dialógicas, por otra parte, crean el medio en que se desenvuelve el lenguaje, como lenguaje artístico y poético y como vehículo de la comunicación y del pensar. El encuentro del yo con el tú es igualmente la base del *ethos*, fuente de la moralidad y del derecho.

Esta instalación del hombre en la ciudad como en su morada peculiar, cuya significación ontológica saca a la luz Aristóteles, no tiene que ir acompañada necesariamente de una ruptura de los lazos que lo atan tanto a él como a la ciudad a la madre naturaleza. Pues por ello el hombre no deja de ser un cuerpo en comercio con la naturaleza mediante los sentidos y los instintos; ni la ciudad deja de estar incrustada en la misma naturaleza, que es el suelo en que reposa y marco dentro del cual dibuja su figura entre la luz del cielo y la oscura tierra. Por otra parte, desde la ciudad la naturaleza se le hace presente al hombre como campo y paisaje: agro y fuente de energía y horizonte abierto a la mirada contemplativa.

La ciudad primigenia no niega su contorno natural. Entonces es la ciudad frente al campo. Desde la plaza se contemplan los sembrados, el río, el mar, los cerros, el bosque y los caminos que los unen. Así la *polis* griega, que es la que tiene a la vista Aristóteles, era el recinto amurallado donde el contorno resultaba "fácilmente abarcable con la mirada".

1/ Revista Golpe de Dados, Número CVIII, volumen XVIII, noviembre-diciembre 1990.
1A/ Aristóteles, Pol., I, 2, 1253 a 2-3.
2/ Ibid., 28-29.
3/ Ibid., 18-19.

* * *

EN ETAPAS POSTERIORES DE SU DESARROLLO la ciudad pierde este equilibrio originario. Como centro de las decisiones políticas, de la administración y del comercio, y como escenario de la vida lúdica, artística y literaria, la ciudad corre el peligro de hipertrofiarse. Cuando esto ocurre, casi siempre la ciudad se traga al campo, lo que trae como consecuencia una total urbanización de la vida.

A fines de la antigüedad, Roma y Constantinopla eran ya urbes inmensas, centradas en sí mismas y de espaldas al campo, y en todos los territorios europeos comenzaban a surgir grandes ciudades. Esta explosión urbana, sin embargo, se interrumpió bruscamente en la Edad Media por causas exteriores. La más importante de éstas fue el cierre del Mediterráneo debido a las invasiones de los árabes, como lo ha demostrado Henri Pirenne⁴. Las grandes ciudades habían podido crecer gracias a este mar interior, que, como medio de comunicación entre Oriente y Occidente, se había convertido en el centro de la vida económica. Pero ya en el siglo IX el Islam dominaba sus aguas y había paralizado el comercio de los puertos mediterráneos y de las grandes ciudades del interior europeo. La ruina de sus economías obligó a sus habitantes a huir hacia el campo. Fuertes oleadas migratorias, que les daban la espalda a las ciudades, cambiaron radicalmente la estructura de la sociedad. Semejantes migraciones produjeron, en efecto, una general ruralización de la vida en el mundo occidental, la cual fue la base de la economía feudal, que se sustentaba en la propiedad territorial, la agricultura y el trabajo rural, y para la cual la ciudad carecía de importancia. Por ello, las ciudades medievales se vieron pronto despobladas. Los otrora florecientes emporios comerciales se convirtieron en "ciudades episcopales", centros de poder de la Iglesia (que no podía aislarse en el campo), en las cuales un obispo estaba a la cabeza de una sociedad de monjes, clérigos, maestros y estudiantes, además de los servidores laicos que demandaba semejante organización eclesiástica.

* * *

ESTA PARALISIS EN LA EVOLUCION DE LA CIUDAD OCCIDENTAL se superó ya en el siglo XI. Cuando cedió la presión de los árabes, el Mediterráneo se abrió de nuevo a los navegantes europeos, lo que hizo posible la reanudación del comercio entre Oriente y Occidente y una formidable reanimación de los puertos mediterráneos y de las ciudades del interior conectadas con ellos. Entonces se inició un movimiento migratorio de signo contrario al señalado. El campo quedó abandonado y la población retornó a las ciudades, en las cuales comenzó a florecer la industria y el comercio, y donde, frente al señor feudal solitario en su castillo en el campo y frente al obispo recluido en su palacio en la ciudad, se afirmó enérgicamente el ciudadano, es decir, el burgués como el amo en el ámbito urbano. Esta clase, la burguesía, desa-

4/ Cfr. su libro *Las ciudades de la Edad Media*, Madrid, 1971, págs. 7-19.

rraigada de la tierra, que produce una nueva economía basada en la venta y en la producción de valores de cambio, para la cual lo más importante es el dinero, es la clase que va a decidir la evolución de la ciudad en la Edad Moderna⁵.

Al espíritu mercantilista de la burguesía vino a agregarse en el siglo XVII la ciencia físico-matemática y, en los tiempos posteriores, la nueva técnica salida de ella, todo lo cual hizo posible en Occidente una tremenda explosión urbana. Decisivo en el proceso que lleva a ella fue también el surgimiento del comercio mundial gracias a los mercados ultramarinos, abiertos por el descubrimiento del Nuevo Mundo y de nuevos mares. Finalmente, en el siglo XIX se sumó a lo anterior la fe en el progreso: la fe ciega en el avance indefinido de la ciencia y de la técnica y en el continuo mejoramiento, mediante ellas, de las condiciones de vida del hombre. De todo esto resultó la sociedad industrial, de la que la sociedad de consumo es una consecuencia necesaria. Otro resultado fue la megalópolis actual. Pues como los aparatos, las máquinas y los servicios que ofrecía dicha sociedad eran accesibles sobre todo en los grandes centros de población, la urbe gigante se convirtió en la promesa de un nuevo Paraíso en la tierra, y siguió creciendo cada vez más, impulsada por el éxodo masivo de los campesinos hacia ella buscando la felicidad.

* * *

LA MEGALÓPOLIS REPRESENTA la última etapa de la evolución de la polis. Como vimos, en la primera etapa hay un equilibrio perfecto entre la naturaleza y la ciudad. En la última etapa la ciudad se vuelve sobre sí y le da la espalda a su marco natural. El campo desaparece de su horizonte. Tal movimiento de repliegue sobre sí es un movimiento de liberación. La ciudad se desliga de los vínculos que la mantenían atada al campo, para convertirse en una ciudad *in se*, absuelta de toda vinculación. Por eso Spengler la llama *die absolute Stadt*, "la ciudad absoluta"⁶. Este título nos hace pensar en el yo absoluto de la metafísica moderna, el cual no admite fuera de sí nada que pueda tener su mismo rango ontológico, pues él pretende ser el fundamento de todas las cosas. Frente a la megalópolis, en efecto, el campo pierde su propio ser y recibe el que ella le ofrece. El campo es entonces sólo el proveedor de los alimentos y de la energía que necesita la megalópolis. Esta se encierra en sí misma; su horizonte es un horizonte urbano de hierro y cemento, sus símbolos supremos; y todo cuanto toca del mundo natural se le transforma en sustancia urbana: la tierra, en el solar para la construcción; los ríos, en energía hidráulica; la vegetación, en la "zona verde" rodeada de redes de servicios y de vías de circulación, o en el parque domesticado y polvoriento que se muere de sed entre dos avenidas.

El habitante de la megalópolis, el *megalopolites*, también se transforma. Simultáneamente con ella, pierde sus raíces naturales. El marco ru-

ral del ámbito urbano, parte del escenario de su instalación originaria en el mundo, se le desvanece. Y como su vida se desenvuelve entre cemento, hierro, aparatos, máquinas de diversa índole y automotores, sus instintos y sus sentidos se atrofian. En el *megalopolites* lo que prima es la inteligencia, la razón, la facultad calculadora, que es todo lo que necesita para moverse en un mundo artificial. Es lo que Spengler llama el "nómada intelectual"⁷, el hombre que no se siente atado a nada, que puede cambiar de Estado, de ciudad o de barrio sin el menor menoscabo de su ser, porque esté donde esté, allí estará siempre moviéndose en un medio que le es conocido y familiar, en el medio creado por él mismo mediante su inteligencia como una red invisible de esquemas, símbolos, convenciones y artificios mentales de toda índole, los cuales le permiten cuantificar todas sus relaciones con la realidad y someterlas a cálculo y medida.

El *megalopolites* no solamente pierde sus raíces en la naturaleza. En la gran ciudad tampoco puede arraigar en sentido estricto, quizás porque no hay más raíces que las naturales. En la megalópolis, se ve condenado a flotar ingrátido de aquí para allá en una agitación incesante.

Georg Simmel explicó por primera vez este fenómeno en su ensayo *Die Grossstädte und das Geistesleben* (1903), donde pone en claro la estructura de la vida anímica del habitante de las grandes urbes, comparándola con la que se configura en las formas de vida de la existencia lugareña y rural.

Según Simmel, el fundamento psicológico del predominio de lo meramente intelectual en el *megalopolites* es lo que él llama la "intensificación de la vida nerviosa", causa de su desarraigo, refiriéndose al carácter peculiar de su vida anímica, en la cual el curso de las impresiones oriundas del mundo exterior es inesperado, abrupto, atropellado y siempre cambiante, hasta el punto de que en ella se produce invariablemente una aglomeración de imágenes que le impide establecer una relación firme y estable con la realidad. En esto se diferencia del hombre de las pequeñas ciudades, de los pueblos y del campo, en el cual el mundo circundante está enlazado indisolublemente con el núcleo más íntimo de su personalidad, gracias a una vida anímica más quieta, a la persistencia de sus impresiones, a la regularidad habitual del curso de estas y a la lentitud de su ritmo, lo cual determina que su alma, en lugar de estar moviéndose sin reposo de un objeto a otro y de una impresión a otra, se sienta siempre llena de algo firme y duradero y unida a las cosas mediante los sentimientos y con lazos afectivos, y no a través de esas construcciones mentales a que tiene que recurrir el habitante de la gran ciudad, para poder remediar su desarraigo y para reconstruir su relación con el mundo.

La evolución descrita de la ciudad no ha sido caprichosa. En ella se rompió ciertamente el equilibrio originario entre la ciudad y el campo, pero siguiendo una tendencia esencial del hombre activa en la génesis de la ciudad: la tendencia a rechazar la naturaleza invasora, de la cual salió, pero a la cual tiende siempre a regresar, corriendo peligro de confundirse de nuevo con la planta y el animal en la pradera, en la selva o en el pantano.

5 / Op. cit. pp. 53-70.

6 / O. Spengler. *Der Untergang des Abendlandes*, München, 1969, pág. 673.

7 / Op. cit. pp. 661 y 674.

Hemos dicho que la megalópolis es la última etapa en la evolución de la ciudad. Pero la megalópolis sigue viva y evolucionando. ¿Hacia dónde? En dirección de la autodestrucción. En ella ya no hay posibilidades que le permitan dar un “salto cualitativo” y transformarse en otra cosa. La única posibilidad esencial que le queda es la muerte. En el sistema de servicios públicos, en las comunicaciones, en el transporte, en las condiciones ecológicas, etc., le surgen problemas que cada vez serán más graves, hasta que llegue probablemente el momento en que se conviertan en verdaderas aporías, para usar el término aristotélico, es decir, en situaciones problemáticas sin salida.

* * *

HASTA AQUÍ NO HEMOS TENIDO A LA VISTA la ciudad hispanoamericana, porque este es un caso anormal y requiere, por ello, un tratamiento aparte. Su anomalía proviene de su origen colonial. Respecto a nuestro tema — la relación de la ciudad con el campo— dicho carácter anómalo es clarísimo.

El colonialismo se caracterizó, de parte del substrato cultural encontrado por los españoles, por la ausencia de una recepción de la cultura extraña que se le imponía; y, de parte del colonizador español, por el desprecio de ese substrato y por el ánimo de ignorarlo o de destruirlo cuando no lo podía ignorar. Por eso nuestra cultura colonial no fue una cultura nueva, resultado de la simbiosis de dos culturas, sino la cultura española transplantada. No nació, pues, en la tierra americana, sino que fue implantada en ella como un producto ya hecho. Esto se ha observado con frecuencia respecto al lenguaje, a la religión, a las instituciones jurídicas, a la filosofía, al arte y a la literatura. Pero no se había llamado la atención sobre ello en relación con nuestras ciudades. Ahora ha llenado este vacío José Luis Romero con su libro *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, que nos dejó como una especie de regalo de despedida poco antes de morir.

La ciudad que fundó el español en América no era una ciudad americana, sino una ciudad española. Surge de la cabeza del conquistador, que la erige sin importarle nada de lo que le rodea. “Se fundaba —dice Romero— sobre la nada. Sobre una naturaleza que se desconocía, sobre una sociedad que se aniquilaba, sobre una cultura que se daba por inexistente. La ciudad era un reducto europeo en medio de la nada”⁸. De aquí que la vida colonial nuestra haya sido predominantemente urbana. Esto explica en gran medida la actitud del hispanoamericano frente a la naturaleza. No hay otro hombre con un “sentimiento de la naturaleza” tan débilmente desarrollado como el suyo. Comparado con el alemán, por ejemplo, que, aunque esté perdido en la gran urbe, siempre busca una salida hacia sus bosques, hacia sus lagos y ríos, el hispanoamericano es un ciudadano constitucional, siempre encerrado en sus ciudades horribles.

Esta falta de enraizamiento en su contorno natural es quizás la causa del crecimiento rápido y caótico de las grandes ciudades hispanoamericana-

nas. Pero el *prestissimo* de su desarrollo comienza a partir de la crisis de 1930, la cual intensifica el éxodo del campo hacia la ciudad. Dicho crecimiento se hace eruptivo, y rompe todos los marcos naturales de la ciudad. Los lindes de ésta, que antes eran el bosque o el río, se borran. Los cerros se cubren de barriadas miserables, carentes de los servicios públicos más elementales. En lugar del cinturón verde que antes rodeaba a la ciudad, aparece el “cinturón de la miseria”, mezcolanza de chozas hechas de latas, restos de tablas, cajas de cartón y guaguas. En el interior de la ciudad surgen barracas espectrales construidas cerca de los basureros, en los baldíos o en los terrenos anegadizos. Además, la megalópolis devora todos los restos de naturaleza que quedaban en la ciudad. Los ríos y los riachuelos que cantaban su canción de cristal por calles y parques se secan debido al embalse de sus aguas para la central hidroeléctrica o el *reservoir* del acueducto, o se los hace desaparecer en el subsuelo para dar paso por encima a las avenidas. La ampliación de las vías públicas destruye los parques y jardines. Y, en general, las calles ya no se construyen para los peatones sino para los vehículos. La ciudad entera, se pone al servicio de la circulación de ellos, como ocurre de modo impresionante en Caracas. Un urbanista colombiano decía hace ya diez años, refiriéndose a Bogotá, otro de los monstruos urbanos: “La ciudad es una gran estructura de circulación vehicular. No es una ciudad de hombres. Es una ciudad de vehículos, de aire viciado y de intenso ruido”⁹.

* * *

LA MEGALOPOLIS, como ya dijimos, es el resultado del desarrollo de una tendencia esencial del hombre. Pero desde el punto de vista de lo que Aristóteles llama el fin último de la ciudad, si es un producto malogrado. En la *Política* establece claramente Aristóteles dicho fin último. Allí dice que la ciudad surgió por necesidades naturales; pero que existe para *eu zen*¹⁰. Esta expresión *eu zen* se ha traducido deficientemente por “vivir bien”, y el adverbio “bien” se ha interpretado, también deficientemente, en un sentido moral. La partícula griega *eu* no tiene siempre tal sentido. Más frecuentemente expresa lo logrado, lo no fallido, lo perfecto, lo que resulta bien. Este es el sentido que tiene en el texto de Aristóteles. De manera que el *eu zen* significa aquí el vivir como debe vivir el hombre de acuerdo con su esencia. El fin último de la ciudad es, por tanto, hacer posible el ser pleno del hombre, su desarrollo en todas sus dimensiones esenciales. Pero la megalópolis es contraria a este fin. Ella mutila al hombre: le atrofia los órganos naturales que lo mantenían unido a la madre naturaleza y le hipertrofia la inteligencia, la razón, la facultad de cálculo, destinadas más bien a destruir-la. Hace posible, además, esas formas de existencia marginal e inhumana de que hablamos antes.

Ahora bien, es probable que la megalópolis esté condenada a desembocar en un callejón sin salida. Pero el hombre no tiene que correr necesariamente la misma suerte. El hombre puede elegir caminos que lo saquen

9/ Luis Raúl Rodríguez, *El desarrollo urbano en Colombia*, Bogotá, 1967, pág. 51.

10/ Aristóteles, *Pol.*, I, 2, 1252 b 31.

8/ José Luis Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, 1976, pág. 67.

al campo libre. Estos caminos se vienen buscando desde hace algún tiempo. Se ha postulado, v. gr., una ética basada en el principio de la veneración de la vida universal, con la cual se debería unificar el hombre, si quiere superar su existencia mecanizada en la sociedad actual. También se ha esbozado una ética destinada a controlar el "demonismo" de la técnica, para evitar que ésta convierta al hombre en un esclavo de las máquinas y en un mero instrumento de la producción industrial. La ecología, por otra parte, está empleando todos los recursos disponibles para preservar el tan deteriorado *hábitat* del hombre. Y arquitectos y urbanistas no se cansan de llamar la atención sobre las potencias negativas que amenazan con destruir nuestras ciudades.

Pero todos estos afanes del pensamiento, de la ciencia, de la técnica y del buen gusto serán infructuosos mientras el hombre no reconstruya su relación viva con la naturaleza. Y esto sólo lo logrará abriéndose emocionalmente a ella. Si la relación tiene un carácter vital, no se puede reconstruir por medio de la razón, la inteligencia o la voluntad. Aquí lo que decide es el corazón. Sólo por actos de amor se puede reconquistar dicha relación. Pero esto tiene que ser aprendido y enseñado. En semejante enseñanza los poetas han solido prestar un buen servicio. Ejemplo de ello son los románticos alemanes a fines del siglo XVIII, los cuales enseñaron a sus contemporáneos a ver de nuevo la naturaleza, que se había ocultado a la mirada en dicho siglo por causas diferentes de las que estamos considerando. En nuestro tiempo, Azorín hizo lo mismo con nosotros. En sus libros *Los pueblos* y *Un pueblecito* —testimonios del poderío de la palabra poética para sacar a la luz lo que está oculto— aprendimos a amar de nuevo el campo y los valores de la vida rural.

Y en general, independientemente de lo anterior, el fomento del amor a los pueblos puede ser también un camino para reconquistar la relación viviente del hombre con la naturaleza. La naturaleza está en ellos como campo. Esto se puede vivir en cualquiera de nuestros encantadores pueblitos que tiritan de frío cerca de los páramos, o se cuelgan de las vertientes de la cordillera, o sueñan a las orillas de los ríos. En ellos, el marco del pueblo es un cinturón de árboles, a veces visible desde la plaza o desde la torre de la iglesia. Su horizonte son montes y praderas. El humo de las casas del pueblo se enreda en los árboles del camino real o de la carretera. En las lindes del pueblo las callejas se dan un abrazo con los caminos que vienen de los potreros, de los sembrados o de los bosques. A veces un turpial extraviado, que salta del campo a la mata de plátano en el patio de una casa urbana, une en su melodía el monte y el poblado. Los animales domésticos circulan entre el campo y el pueblo como si se tratara del mismo espacio.

La relación entre el pueblo y el campo es de concordia, no de dominación del uno y subordinación del otro. Mientras que la gran ciudad le impone al campo sus leyes, el ritmo de producción, los precios, además de explotarlo y contaminarlo, el pueblo se abre a él, se deja determinar por él, en suma, se hace campesino. Esto se refleja en el hombre del pueblo. No es un nómada en un desierto de cemento de hierro, como le ocurre al habitante de la megalópolis, sino que está enraizado en la naturaleza de un modo vi-

viente. Casi siempre, el habitante del pueblo vive en el casco urbano y trabaja en el campo. Cuando se levanta por la mañana, ya tiene su mente y su corazón puestos en el campo; y cuando regresa por la tarde al pueblo, trae el campo en la suela de los zapatos, en el olor de su traje, en el color de sus manos y de su rostro.

Aquí también es necesaria la pedagogía. Hay que enseñar a amar y a ver los valores peculiares de la vida en el pueblo, pues la atracción deslumbradora que ejerce la gran ciudad ha producido una ceguera para ellos. Esta es tan tenaz, que hasta los que se quedan en el pueblo y no emigran, los desconocen o los desdennan, pues se desviven por la megalópolis, que les llega a la casa a través de la televisión, la radio y el periódico.